

Identidades, memoria colectiva y capacidad de agencia

Resultado de investigación finalizada.

GT 06

Elba Noemí Gómez Gómez

Recordamos y olvidamos agregando ingredientes de nuestra fantasía, acomodando la función de la memoria a las situaciones que vivimos en el diálogo con el otro, aquel en quien queríamos controlar la "impresión" que se llevará de nosotros. Ensamblamos el pasado en novelas tan verosímiles como artificiales: vivimos para contar, contamos para vivir. (Braunstein, 2008, p. 14)

Resumen

Este trabajo pretende dar cuenta de la relación entre identidad, memoria colectiva y capacidad de agencia en un grupo de personas que entre los años setentas y noventas, formaron parte de una experiencia organizativa, política y religiosa en una colonia suburbana: Lomas de Polanco. El origen de dicha historia se remonta a la instalación de las Comunidades Eclesiales de Base, que reivindicaban una nueva forma de ser iglesia. Encontramos que la memoria colectiva impacta en la construcción identitaria.

Palabras clave: Identidad, memoria colectiva, agencia,

1. Introducción

En México, entre las décadas de los setenta y los noventa se da un auge de proyectos alternativos y de acciones colectivas de diversa índole que influyeron en la formación de actores sociales. La presente ponencia se sustenta en un trabajo de investigación que recupera las trayectorias participativas de los actores y colectivos sociales que en aquellas décadas formaron parte de una experiencia organizativa, política y religiosa en una colonia suburbana al sur de Guadalajara: Lomas de Polanco.

Dicha investigación denominada “Agentes y lazos sociales. La reconstrucción del tejido social en Lomas de Polanco”, se inscribió en la metodología de corte interpretativo, desde la referencia a los métodos biográficos, en particular la historia oral, en tanto se recuperaron las voces y representaciones de los actores protagónicos de la experiencia abordada. En ese trabajo se establece el cruce entre el dato duro, abordado desde la investigación documental; y la voz de los actores a través de entrevistas a profundidad, donde fueron consideradas sus narrativas y la recuperación de sus historias de vida.

A partir de la información recabada, se reconstruyeron las trayectorias de los fundadores (diocesanos, jesuitas y religiosas de María Reparadora) de aquella experiencia organizativa y de los llamados dirigentes (habitantes de aquella colonia), quienes fueron formados durante la puesta en marcha de las Comunidades Eclesiales de Base. Esta forma de intervención, se sostenía en la pretensión de conformar “una nueva forma de ser iglesia”: más cercana, orientada a los pobres con la finalidad de evangelizar al mismo tiempo que procuraban "despertar la conciencia crítica de la realidad", tanto como el desarrollo humano y social. Todo ello sostenido en la intención de promover relaciones más horizontales y equitativas, así como de pugnar por mejoras concretas en la base material de los pobladores del territorio aludido: condiciones dignas de habitabilidad, espacios de convivencia, oportunidades productivas y de empleo, y, en suma, el reconocimiento de sus derechos. La intención de la investigación fue colaborar con estos actores en el reconocimiento de su historia. A decir de los entrevistados, la implicación en la experiencia abordada impactó sus ámbitos de vida y favoreció el desarrollo de la capacidad de agencia.

El hecho de que durante las entrevistas hablen de sí en el presente, en un interjuego entre el pasado y el futuro nos remite al tema de la memoria colectiva, no como un pasado mimético que se instala como repositorio, sino como matriz de significación que perfila el actuar frente al mundo. En el caso de los actores de este trabajo, “un actuar protagónico”. La mirada que se coloca en esta ponencia a partir de la investigación realizada, pretende dar cuenta de la relación entre identidad, memoria colectiva y capacidad de agencia.

La memoria colectiva aparece como la manera en que el sujeto transita por el pasado, en el presente y desde el recuento del pasado, le dibuja rasgos al futuro. La memoria colectiva influye en la conformación de la identidad como construcción del sentido y la manera de representar el mundo y de representarse a sí mismos. La identidad, en esa línea, se aleja de la mismidad y toma atributos de híbrida, cambiante, diaspórica, con múltiples núcleos de sentido, desde el supuesto de que no sólo migran las personas sino también las culturas, las representaciones y las identidades (Marcus, 1995). Esa relación entre identidad y memoria colectiva nos lleva al tema de la pertenencia, en referencia a la comunidad como resguardo contra la anomia.

Abordar el tema de la memoria colectiva implica abrir el eje de la temporalidad, en ese sentido, la memoria toma el atributo de transhistórica. La memoria, en los involucrados en esta indagación, aparece imbuida de una fuerte dosis de idealización, de ensoñación; pero por otra parte mantiene relación con las prácticas y las narrativas; en el cobijo del pasado, en el recuento de tiempos que fueron mejores, pero que en la actualidad abren posibilidades de trazar nuevas acciones.

2. El mito fundacional

Cuando se alude al tema de la memoria colectiva, no podemos dejar de lado “el mito fundacional”, que funge como pivote identitario. Para Néstor Braunstein: “La vida, pide, espera, desea y exige un relato del Génesis. Son contados los que resisten el apremio de esa llamada a cumplir el rito de fabricar un mito de los comienzos. Que no los hay (si no arbitrarios). Por documentada y científica que se quiera, la Historia empieza siempre con la frase: había una vez...” (2008, p. 70). En el caso que nos ocupa, el mito fundacional, el Génesis, está compuesto de diversos elementos, a saber, según la significatividad otorgada desde los distintos actores: la llegada de los jesuitas, el traslado del noviciado jesuita a Lomas de Polanco, el Concilio Vaticano II, la lucha por el alcantarillado, una nueva forma de ser iglesia o la conformación de las Comunidades Eclesiales de Base. Cabe mencionar que mientras que para los fundadores dicho origen toma relieve desde acontecimientos más de corte estructural y utópico, para los entrevistados los elementos que adquieren mayor densidad tienen que ver con eventos coyunturales cargados de una fuerte dosis emocional, ubicados en una temporalidad más acotada, donde resalta su protagonismo, su participación activa, por un lado, y la apuesta del externo por ellos, “por el pueblo pobre”.

En la reconfiguración del lazo social, las emociones juegan un papel importante. En el caso de la memoria, las emociones favorecen el mantenimiento o transformación del vínculo y en cierta manera la ilusión de continuidad identitaria, desde la continuidad biográfica. Las emociones son una construcción histórica, cultural y social, pues una de sus cualidades centrales es precisamente el potencial de vinculación social que tienen. También nos ofrecen conocimientos respecto a cuáles son las cualidades que le confiere al mundo que vive (Enríquez, 2008; Hochschild, 1979; Le Breton, 1999; Vygotsky, 1987). Entendemos a las emociones sociales como una experiencia compartida que matiza las estructuras de intercambio social en una grupalidad, sin dejar de considerar que todas las emociones tienen un carácter social, mismo que va a ser expresado en modos de afiliación, de membresía y de pertenencia a un grupo social o en términos de ideales y de valores como la solidaridad, el compañerismo o la entrega, asuntos prioritarios cuando de la vincularidad y el desarrollo de la agencia de los sujetos se trata.

Tanto las emociones como las experiencias de exclusión, la corrupción y la no respuesta del Estado en su papel de proveedor de servicios públicos son elementos que junto con la condición de pobreza funcionan como mito fundacional. Mito que pareciera al mismo tiempo que hay que mantener vivo para que no se olvide, desde la esperanza de no volver “jamás” a esa situación y por otro lado, tiende al olvido asociado al dolor, la impotencia, la injusticia que se vivió en carne propia. Platica una de las entrevistadas: “No desearía para nadie el vivir cómo vivíamos, recogíamos agua de la lluvia, nos regalaban comida, vivíamos en un cuartito”.

Las prácticas gubernamentales avaladas por políticas de inspiración neoliberal, definen las geografías de pertenencia, exclusión y ciudadanía. Tales prácticas tienen que ver con fronteras y límites geopolíticos, sociales y culturales para los habitantes de los suburbios; definen el nivel de exclusión e inclusión en la sociedad actual caracterizada por la fuerte oferta de consumo de los beneficios de la sociedad y al mismo tiempo la imposibilidad de amplios sectores de la sociedad para acceder a dichos beneficios. Ello marca distintos focos de exclusión y por lo tanto de inequitativas posibilidades de conexión en un mundo conexionista. Algunos se encuentran más conectados y muchos otros penden pegados por alfileres en los extremos del mundo globalizado. Un saldo referido por los entrevistado producto de su involucración en la experiencia descrita, tiene que ver con asumirse como habitantes legítimos y protagónicos de la sociedad.

Para Arboleda (2009) la identidad se encuentra inherente al "sentido de pertenencia que inviste de significado a la persona, en lo cual cooperan las percepciones de los demás, en un contexto cultural determinado, que genera la semejanza con el nosotros y la diferencia con los otros y establece, desde el territorio, "un adentro" y "un afuera"; ...la identidad la he entendido como un proceso cultural y político a la vez y, consecuentemente, como una forma de asumir el mundo en permanente reelaboración" (p. 36).

Para Arfuch (2002), la hibridización, entendida como la existencia de identidades diferentes, no supone necesariamente una “pérdida” de identidad sino más bien una apertura a nuevas posibilidades, considerando que algunos atributos identitarios pueden ser más significativos que otros, así como la fuerza de lo fundacional. Los sujetos están marcados por de dónde vienen, por los orígenes; entre el lugar de origen y la refundación del mismo, asociado a la conformación de “lo comunitario”. Viven una disputa entre la cultura de origen y la cultura construida colectivamente, desde un sujeto reimaginado que marca un parteaguas y una producción de sentido en flujo. "Ese nosotros construido a partir de la inclusión, aceptación y confirmación de sus miembros es el reino de la seguridad confortante (aunque rara vez tan segura como se desea), aislada del terrorífico yermo de un afuera habitado por "ellos" (Bauman, 1999, p. 54). Se trata de una refundación del sentido, de los orígenes, dice Juanita: “volvimos a nacer”.

Difícilmente se abandonan los orígenes, se recrean, se idealizan, se niegan muchas veces, pero siempre presentes como eterno retorno en la trama de la subjetividad. Esta disputa permanente entre pertenencias marca la construcción identitaria y los coloca en la movilidad, en la dimensión cambiante, en una búsqueda permanente, caracterizada por una mezcla entre el impacto que la historia provoca y el deseo de despegar y ser actor legítimo de nuevas historias. Algunos quisieran romper la dependencia con la historia y sentirse “dueños” de sus logros, como ejemplo un artista plástico y un investigador que no accedieron a la entrevista argumentando que ya habían sido entrevistados en muchas ocasiones; unos regresan intermitentemente a la colonia; otros viven fuera de la colonia pero hacen trabajo organizativo en la misma; un grupo de entrevistados mencionan que siguen viviendo en la colonia pero “con una forma de vida diferente del resto de los habitantes, hablan de tener más comunicación con su familia, de tener una vida espiritual, de ayudar al prójimo; algunos más vuelven cotidianamente al territorio de origen, “porque ahí vive la familia y los amigos”. Los que participaron como adultos y que vieron concretizados más logros de su accionar, en concreto, la consecución de servicios públicos, se encuentran más arraigados en el territorio y la satisfacción les convierte en menos buscadores, pero en más “dispuestos a la acción”, más dispuestos a involucrarse con menos preámbulos, pero con menos

reflexividad. Mientras que las narrativas de los que participaron como jóvenes se caracterizan por la búsqueda de espacios para participar y por la inconclusión de su accionar social: tienen un pie adentro de la colonia y un pie afuera; pelean por mantener viva la historia pero también por construir una nueva historia de “lucha social” donde sean los actores principales. Como afirma Giménez (2007), no podemos hablar de un impacto sobre la realidad social sin hablar de participación colectiva y tampoco se puede hablar de ésta sin un impacto más subjetivo de la identidad.

Los sujetos involucrados en la investigación mencionan que su implicación en la experiencia organizativa, política y religiosa marcó un “antes” y un “después”. El “antes” se encuentra imbuido de la sensación de la nada, de no ser tomados en cuenta, de no existir para el gobierno, de no reconocerse como sujetos de derecho, en sí, por “la pobreza”. El después tiene que ver “con la lucha”, con lo comunitario, con la solidaridad, con el pensamiento crítico, por nombrar algunos. Tanto el “antes” como el “después, y lo que ahí se fraguó, fungen como pivotes identitarios, como referentes identitarios, como lugares de pertenencia, como constitutivos de identidad colectiva. Al respecto Giménez (2007) señala que “(...) la identidad colectiva puede concebirse como la capacidad de un actor colectivo para reconocer los efectos de sus acciones y para atribuir estos efectos a sí mismo (p.70)”.

El territorio siendo también una categoría significativa de identidad, se retoma como un espacio simbólico más que topográfico, cargado de sentido y colectivamente construido (Arboleda, 2009). Es en ese interjuego donde la identidad se construye, se deconstruye, se reconstruye, donde surgen identidades emergentes.

En mis trabajos he pretendido dar cuenta de las transfiguraciones identitarias de sujetos ubicados en algún polo de la exclusión y de cómo el desarrollo de su capacidad de agencia favorece la reconfiguración identitaria y les otorga el sentimiento de inclusión desde el desarrollo de formas societales alternativas, donde su manera de representar, relacionarse, sentir y construir identidad adquieren niveles de legitimidad y por lo tanto, un lugar privilegiado en la memoria colectiva.

Para estos actores emergentes, la nación, la iglesia, el barrio, el otro, la familia y el futuro adquirieron matices particulares, Para Hall (2003), la construcción de la identidad es una construcción donde la imaginación es protagónica. Hobbes (en Braunstein, 2008, p. 60), en esta misma línea aludía a que “la memoria y la imaginación son una misma cosa que para diversas consideraciones posee también nombres diversos” Anderson (1993), agregaría que cuando se apunta a una nueva representación de la nación, también está implicado un sujeto imaginado, un lugar imaginado y un tiempo imaginado. En palabras de Arboleda (2009), “la política sería una manera de ordenar los límites de la vida social y una forma de experimentarse como sujetos”, y por lo tanto, “como una forma de imaginar la vida juntos” (p. 67). De esta forma, la imaginación se asume como “un campo organizado de prácticas sociales” (Appadurai, 2001, p. 45) donde se lleva a cabo una refundación del sujeto y se constituye un nuevo mito fundacional más satisfactorio, donde se tiene más actoría.

Esta experiencia quedó marcada con sello de “comunitario”, centralizada, como fuerza centrífuga pero con particularidades que se iban gestando según el grupo, el acompañante del grupo, las acciones realizadas, etc. Al terminar la experiencia se da la diáspora, junto con Hall (2003) nos preguntamos “¿de qué manera la diáspora impacta nuestras construcciones identitarias originarias? ¿cómo conviven lo diaspórico con la unicidad primordial, es decir con la mismidad?” Lo diaspórico convive íntimamente con la necesidad de núcleos duros de sentido, que se resignifican desde los núcleos de origen. En este sentido, la colonia es el lugar simbólico donde lo comunitario se hizo vida, donde los ideales quedaron resguardados, donde las múltiples historias se impregnaron en los barrios, en la parroquia, en las casas, en la casa de la juventud, en el parque, en el canal. La memoria se activa y mantiene su vigencia al transitar el territorio.

3. Identidad y temporalidad. El papel de la memoria en la narración de la historia.

Aunque cuando se habla de identidades encontramos una tendencia a ubicar su lectura desde el presente como una abstracción de la persona que dice quién es en determinado momento, no podemos soslayar la dimensión temporal de la identidad, ya que un ingrediente importante que nos permite leer a las identidades es el referente al tiempo. En esa línea es imposible no hacer alusión a la memoria, a la memoria colectiva, que para el caso que hoy nos ocupa ha resultado de gran apoyo en la pretensión de dar cuenta de la complejidad de la experiencia aludida; porque los sujetos al narrarse a sí mismos transitan entre el pasado, el presente y el futuro. "No hay identidad por fuera de la representación, es decir, de la narrativización –necesariamente ficcional- de sí mismo, individual o colectivo" (Arfuch, 2002, p.22). En esta línea, la identidad es una representación con temporalidad. Arfuch coincide con Ricœur en que "la narrativa da cuenta de los procesos de autocreación, de las tramas de sociabilidad, de la experiencia histórica, situada, de los sujetos, en definitiva, de la constitución de identidades, individuales y colectivas (p.23)". Para los actores de este trabajo, el pasado funge como un sedimento, el presente como una búsqueda de influir en los otros desde la propia afirmación y el futuro como la espera de volver a ser parte de "ese algo", comunitario, amplio, confluyente pero investidos de un nuevo papel, más protagónico, menos dependiente de los jesuitas, aunque los imaginan cerca de ellos, en esa tutela que quedó inconclusa.

La construcción identitaria de los que como jóvenes se involucraron, pasa por esa sensación de 'inconclusión', de haber sido parte de un proyecto inconcluso, como alguien que quedó 'hilvanado', como dice Rocío: "Los jesuitas no se dieron cuenta de que los jóvenes íbamos a crecer, se fueron y no completaron la formación". Desde el plano simbólico, los jesuitas tienen una "deuda pendiente". Este recuerdo de los jesuitas tendrá en este sentido distintas connotaciones: de agradecimiento, de salvación, de admiración, de reclamo, de cuestionamiento, de espera, en todos los casos, aun los matices. Incluso "los hijos descarriados", es decir, aquellos que participaron como jóvenes y que se han alejado del ideal, reclamaran a los jesuitas el ser aceptados a pesar de "no ser lo que ellos esperaban", menciona Javier, en cuyo caso desearía "ser redireccionado", ser reconocido a pesar de los sueños rotos.

Como dice Ricœur, (en Vergara 2004, p.17): "Entre la actividad de narrar una historia y el carácter temporal de la existencia humana existe una correlación que no es puramente accidental, sino que presenta la forma de una necesidad transcultural. Con otras palabras, el tiempo se hace tiempo humano en la medida en que se articula un modo narrativo, y la narración alcanza su plena significación cuando se convierte en una condición de la existencia temporal". (Vergara, 2004, p. 13). Ante esto explica Vergara que Ricœur nos trata de mostrar la forma en que la historia y la ficción, entretreídas, dan lugar a "lo que denominamos tiempo humano que no es otra cosa que el tiempo narrado". A decir de éste, las pretensiones de objetividad de lo que sí paso, pasan necesariamente por el proceso de subjetivación, de lo subjetivo, de lo intersubjetivo. Siguiendo con Vergara, "los tres tiempos cardinales del tiempo y narración son la temporalidad, el relato histórico y el relato ficción".

En esta noción transcultural, la cultura deja de entenderse como homogénea, es atravesada por el tiempo, por las múltiples narraciones y sus particularidades, es decir, el tiempo le aporta a la cultura la dimensión compleja, abierta, en perpetua construcción, atravesada por actores que pelean diariamente por un lugar en el mundo.

Estamos hablando de la capacidad de agencia de los actores, este movimiento de construir su historia, los hace en palabras de Freire (1974), sujetos de su historia en este doble movimiento de "universalidad": una narración que parece una sola y las particularidades de cada entrevistado. Los sujetos de esta investigación se adjudican una existencia temporal al colocarse como protagonistas individuales y colectivos de esta historia. Así, no se puede abordar el tema de la memoria colectiva sin este triple movimiento: la temporalidad, el relato y la ficción, donde lo personal y lo colectivo ocupan un plano transversal.

La intriga (la trama), es la mediadora entre el acontecimiento y la historia (el relato), lo cual significa que no hay acontecimiento que no contribuya a la progresión. Un acontecimiento no es sólo un suceso, algo que ocurre, sino un componente narrativo (Ricœur, en Vergara, 2004, p. 65): una narración que refuerza lo identitario, que reafirma la pertenencia a una comunidad imaginada, en palabras de Anderson (1993), de un país imaginado, como más justo, fraterno e igualitario.

Durante las entrevistas íbamos escuchando “la palabra” de cada protagonista, que en muchas ocasiones se contradecía con la de otros; aparecían nuevos actores, que nos invitaba a buscarlos y completar la trama; también tuvimos la necesidad de constatar alguna información. Las filias y fobias entre unos y otros nos fue complejizando el camino investigativo, íbamos discerniendo entre el hecho y la vivencia del mismo. Los referentes de cada uno matizaban su narrativa.

La narración toma su lugar en el espacio de los sujetos, el espacio de los actores adjudicándose un lugar en la historia contada, en la historia como la vivieron aderezada de “ficción”, aquí es donde la verdad o no verdad sale sobrando, es la “verdad del sujeto”. La maquinaria investigativa, como siempre, tratará de hacer confluír el dato duro (el hecho, el suceso), con la voz de los entrevistados, para construir un texto, que estará condenado a esa lucha por objetivar la subjetividad y subjetivar la objetividad, texto que siempre quedara inconcluso.

Cuando se alude a lo individual se encuentra presente la historia social y cuando se alude a lo social encontramos que está hecho de personas con particularidades y matices biográficos. Al considerar esta relación, la narrativa ofrece una alternativa frente al esencialismo asociado al “sí mismo”, al incluirse en un interjuego de reflexividad, donde se convive en malabares entre la continuidad de la biográfica del sujeto y la mutualidad en el devenir del otro, con el otro, para el otro (Arfuch, 2002). Cuando el nosotros aparece, no solo tienen peso las agrupaciones actuales de referencia del sujeto, sino que también las del pasado, que han dejado marcas en la manera en que el sujeto ha aprendido a vincularse, a construir el lazo social, a representar la realidad. Se reconocen como sujetos colectivos, aunque ni la organización social, ni la pequeña grupalidad de pertenencia, ni la gran comunidad a la que se inscribieron, ni esa otra manera de ser ‘iglesia’, a la que tanto hacen mención, existen en la actualidad, ellos vuelven a ellas como referente identitario, a decir de los entrevistados, como parte de los eventos más significativos en su vida; que matizan su manera de estar en el mundo, por ejemplo, el saberse que no están solos, que existen personas tanto de la pasada construcción colectiva, como en distintos lugares con los que se identifican y regresan permanentemente para otorgarse un lugar de partida y de llegada provisional.

Aunque los entrevistados reconocen que el tránsito particular de cada uno de ellos por la vida ha dibujado rasgos particulares a su identidad. Esa otra manera de ‘ser iglesia’, la narran como una manera diferente de vivir, de creer y de otorgar significados a sus diversos ámbitos de vida, desde una dimensión espiritual.

Se miran a sí mismos como transitando en el tiempo, en el presente como tiempo cotidiano de vida, al pasado como la utopística realizada, al futuro como sueño a realizar, en la ubicación utópica de lograr ser actores protagónicos de incidencia en la construcción de un mundo mejor, de ese volver a estar juntos, y por qué no decirlo así: de sentirse protegidos frente a la adversidad, de sentirse cuidados, de sentirse guiados. La identidad se constituye en la movilidad, donde la memoria colectiva impacta la construcción del sentido y la manera de representar el mundo, de representarse a sí mismos en una colectividad imaginada.

4. Conclusiones

El trabajo presentado nos constata que no es posible abordar el tema de las identidades únicamente desde la unicidad, habrá que adjudicarle atributos de “híbrida”, “cambiante”, “diaspórica”. En esa línea, no hay una identidad, sino identidades, sin negar la existencia de núcleos de sentido compartido que acuñan la dimensión de lo colectivo.

Iniciar con la discusión sobre el concepto de tiempo, cuestionar el ubicar a la memoria en el pasado y como vuelta de ésta, el recuerdo en la ensoñación, invita en este sentido a cuestionar también la relación entre memoria colectiva y prácticas, así como la forma en que éstas tienen que ver con las narrativas. Implica no sólo traer a escena el pasado como manera de atrincherarse en éste, en el recuento de tiempos que fueron mejores; sino como posibilidad de trazar la acción, de plantear el futuro. La memoria colectiva en su relación con la acción social ofrece y nos muestra matices: hay quien se ha quedado en el confort del pasado, hay quien pelea por volverlo a tener; otros por seguir perteneciendo y ser fieles; otros lo usan de plataforma a manera de continuidad, y otros más pelean por superarlo y surgir con autonomía.

Esta relación entre memoria y acción, ha posibilitado la narración de sí mismos, al evidenciar la forma en que cada sujeto se coloca como actor más o menos protagónico de su propia historia y al mismo tiempo, cuando cuenta su historia, cuenta también la historia de los demás, la historia de la colectividad. Todos a través de sus narrativas se imaginan vestidos de agencia, en un entramado de imaginarios, es un encuentro de sueños trancos, pero que se sostienen en logros del pasado y tienden posibilidades de acciones de diverso tipo, que en la actualidad colocan particularidades a las identidades emergentes que se inscriben en diversas prácticas sociales que persiguen la construcción de un mundo más justo, fraterno e igualitario.

La memoria colectiva colorea la vincularidad, ya que da cuenta de la relación con el otro con el que se compartió la experiencia en el pasado y perfila las maneras de relacionarse. Se asocia, por una parte a un todo comunitario ‘hecho de esencias’ y por otra parte a la particularidad del pequeño grupo de referencia: “los políticos”, “los académicos”, “los pastorales”, “los personales”, “los bullangueros”. A la grupalidad indistinta relacionada con lo comunitario, en la remembranza de las acciones realizadas, de los logros obtenidos, de los afectos construidos, del sentido compartido, de la fiesta, de su papel como portadores de conciencia y de mundos imaginados y posibles, y así también como portadores de futuro, de anuncio de “buena nueva”.

Abordar la construcción identitaria de éstos protagonistas de las fronteras, es abordar las subjetividades emergentes que invitan a estudios lo suficientemente ágiles para atravesar las escalas espacio temporales y rastrear los flujos simbólicos y materiales. En el tema de la transdisciplinariedad, la frontera toma un lugar prominente, cruzar las fronteras es reconstruir la identidad, es buscar asideros, es completar la historia que quedó inconclusa, es toda una aventura porque la historia que quedó inconclusa está condenada a nunca ser completada, porque ya no están todos los actores y han entrado en escena nuevos actores, nuevos espacios y nuevos tiempos, por no decir, nuevas circunstancias.

El espacio localizado, circunscrito en el pasado por la falta de oportunidades, por el no derecho, por la corrupción, por la incertidumbre y la inseguridad, fue transfigurado por las acciones colectivas, por la vivencia de una manera alternativa de ser iglesia, por la conformación de una comunidad a la cual le atribuyeron cualidades de ‘unida’, ‘solidaria’, ‘humana’. El espacio, la comunidad y la construcción espiritual les ha dado pertenencia, les ha otorgado seguridad como núcleos de sentido en flujo. Aunque saben que no volverán al lugar de origen, lo mantienen como ideal de vida para ellos, para su descendencia y para aquellos que ubican en una situación de vulnerabilidad.

Por tanto, la memoria colectiva de las luchas sociales, permanece activa no sólo como conjuro contra el olvido, sino que otorga la posibilidad de ir construyendo nuevas realidades y perspectivas de futuro desde lo vivido, con nuevos ingredientes del presente sin establecer una distancia tajante entre tiempos, recuerdos y prácticas.

5. Bibliografía

Anderson, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la expansión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económico.

- Appadurai, Arjun (2001). *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Buenos Aires: Trilce.
- Arboleda, Rubiela (2009). *El cuerpo: huellas del desplazamiento. El caso de Macondo*. Medellín: Hombres Nuevos Editores.
- Arfuch, Leonor y otros. (2002). *Identidades, sujetos y subjetividades*. Arfuch, L. (Compiladora). Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Bauman, Zigmunt (1999). *La cultura como praxis*. Barcelona: Paidós ibérica.
- Braunstein, Néstor A. (2008). *La memoria, la inventora*. México: Siglo XXI.
- Braunstein, Néstor A. (2008). *Memoria y espanto o el recuerdo de infancia*. México: Siglo XXI.
- Enríquez, Rocío. 2008. *El crisol de la pobreza: mujeres, subjetividades, emociones y redes sociales*, Guadalajara: ITESO.
- Fernández, M. Mireya (2008): "Diáspora: la complejidad de un término", en *Revista Venezolana de Análisis de Coyuntura*, Vol. 14, Núm.2, julio-diciembre, Universidad Central de Venezuela, Venezuela, pp. 305-326.
- Freire, Paulo (1974). *La educación como práctica de la libertad*. México: Siglo XXI.
- Giménez, Gilberto. (2007). *Estudios sobre la cultura y las identidades culturales*. México: CONACULTA - ITESO.
- Hall, Stuart (2003). Introducción: ¿quién necesita "identidad"? En Hall y Du Gay (comps.) *Cuestiones de identidad cultural*, . Buenos Aires: Amorrortu.
- Hochschild, Arlie. (1979). Emotion work, feeling rules, and social structure. *American Journal of Sociology*, 85, pp. 551-575.
- Le Breton, David (1999). *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Buenos Aires: Nueva Visión
- Marcus, George E. (1995). "Ethnography in / of the world system: the emergence of multi-sited ethnography", en *Annual Review of Anthropology*, vol.24, núm.95, Annual Reviews, Palo Alto.
- Vergara, Luis. (2004). *La producción textual del pasado I: Paul Ricœur y su teoría de la historia anterior a la memoria, la historia, el olvido*. México: Universidad Iberoamericana, A.C. - ITESO.
- Vigotsky, Lev. (1987). *Historia del desarrollo de las funciones psíquicas superiores*. La Habana: Editorial Científico Técnica.